

COMO EN CASA. UNO MÁS DE LA GRAN FAMILIA

Este año las vacaciones iban a discurrir por varias ciudades de Italia, entre ellas la eterna y monumental Roma. Pertenezco a la familia del voluntariado de San Juan de Dios de Zaragoza; y por eso sabía de la existencia de un hospital de los Fatebenefratelli, allí en Roma.

Se nos ocurrió que podíamos visitarlo; maduramos la idea y la comentamos con Marga (nuestra querida coordinadora del Voluntariado). A ella le pareció magnífico que alguien de nuestro voluntariado pasase a saludar a nuestros hermanos en Roma. Contamos con la ayuda del Dr. Obis, que enseguida se puso a nuestra disposición para realizar los contactos necesarios para que fuésemos recibidos, no solo en el hospital sino también en la sede de la Curia general de la Orden, que también reside en Roma.

Surgió la idea de llevarles un presente de parte de la familia de voluntarios de Zaragoza: una Virgen del Pilar con el escudo de nuestra provincia.

Después de unos días recorriendo Italia, llegamos a Roma, la fascinante y eterna Roma. Llegó el día en que habíamos quedado para realizar la visita a la Curia y al hospital; teníamos incertidumbre, pues nosotros, unos simples voluntarios visitando la sede central de la Orden, nos parecía algo muy distante dada la importancia de los moradores de esa casa.

Nos desplazamos a la Via della Nocetta y, nada más lejos de lo pensado, nos recibieron el hermano Moisés y el hermano Félix, todo amabilidad y cordialidad. Al momento ya estábamos en una agradable conversación. Nos enseñaron todas las instalaciones, nos presentaron al personal que trabaja allí, como si se tratase de una ilustre visita. Compartimos café y anécdotas de Zaragoza y del viaje, como un grupo de amigos de tertulia. Salimos con un buen sabor de boca, con la sensación de no ser extraños, de haber vivido una experiencia muy agradable.



Por la tarde nos dirigimos a la Isola Tiberina, la isla donde se encuentra el hospital en activo más antiguo de la Orden Hospitalaria. Es un edificio que emerge en medio de un islote que forma el río Tíber. A primera vista no parece creíble lo que en su interior alberga, un antiguo pero magnífico hospital. Allí nos esperaba monseñor Reglado, Obispo de la Orden. Aquel hospital es un mundo en una isla: urgencias, traumatología, medicina general, psiquiatría, maternidad..., todo en uno.

Monseñor Reglado nos sorprendió: era uno más; era el hermano Reglado quien nos estaba atendiendo, con sencillez y con toda la amabilidad y cordialidad del mundo.

Recorrimos todas las dependencias y estancias. Es de admirar el trabajo que realizan las personas que están allí atendiendo a tanta aglomeración de gente. Nos impresionó la organización que tienen, para poder concentrar tantos servicios en un solo edificio.

Todo está aprovechado al máximo, hasta las ruinas romanas del sótano, donde han instalado los más modernos aparatos de radiodiagnóstico y los despachos. Tomamos un refrigerio en el refectorio de los hermanos, pues el calor y la humedad después de todo un día de ajetreo iban haciendo mella.

Monseñor Reglado, ese hermano navarro de Fustiñana, nos hizo ver que en la mano donde lleva el anillo que delata su importancia de Obispo, también esconde su exquisitez como persona, una agradable manera de tratar a las gentes, que hace que aún en la lejanía te hagas sentirte en casa, en la casa de todos los que formamos la familia de San Juan de Dios. Gracias a ti Moisés, a ti Félix y a usted, Monseñor Reglado.

Antonio Baleriola
Voluntario del Hospital San Juan de Dios Zaragoza